

La pandilla de la calle Estrecha

La calle Estrecha hacía honor a su nombre. Pasaban coches, motos, bicicletas y personas, pero no cabía ningún juego.

Jana, Roc, Mei, Saïd y Berta tenían que caminar hasta una plaza lejana cada vez que querían jugar. Un sábado, la pelota se les escapó y fue a parar bajo la furgoneta del panadero.

—Esta calle sólo sirve para pasar —refunfuñó Roc.

—¿Y si sirviera también para quedarse? —preguntó Mei.

La idea parecía imposible. No podían hacer la calle más ancha ni prohibir el paso por cuenta propia.

Empezaron a observar. Por la mañana había mucho tráfico, pero los domingos apenas pasaba allí nadie. Frente a la mercería había un rincón vacío. El restaurante tiraba cajas de madera resistentes. La vecina del tercero sabía mucho de plantas.

La pandilla dibujó un plano. Añadieron un circuito dibujado con tiza, jardineras móviles y una mesa que pudiera plegarse. Luego fueron puerta a puerta.

—¿Nos deja probarlo un domingo? —preguntaban.

La panadería ofreció desayuno. El mecánico prometió poner ruedas en las jardineras. La señora Carme donó semillas. Incluso el conductor del autobús, que no vivía en la calle, trajo pintura que le había sobrado.

No todo el mundo estaba de acuerdo.

—Hará demasiado ruido —dijo el señor Miquel.

—¿Y si dejamos una hora tranquila después de comer? —propuso Berta.

—Me tapará la entrada del garaje —advirtió Lídia.

Movieron el circuito dos metros.

El primer domingo sin coches, las jardineras cerraron ambos extremos de la calle. Los niños pintaron una rayuela, los adultos sacaron sillas y el señor Miquel descubrió que jugaba muy bien al ajedrez.

Por la noche lo recogieron todo. El lunes, la calle volvió a servir para pasar.

Pero el domingo siguiente volvió a servir para quedarse.

Con el tiempo, el ayuntamiento instaló una señal: «Calle de juego, domingos de diez a seis.»

El grupo no había hecho la calle más ancha. Había logrado algo mejor: que cabieran más maneras de vivirla.